EL COJO ILUSTRADO

AÑO I — 15 DE SEPTIEMBRE DE 1892 — Nº 18

PRECIO
SUSCRICIÓN MENSUAL. . . . . B. 4
UN NUMERO SUELTO.. . . . . B. 2

EDITORES PROPIETARIOS
J. M. HERRERA IRIGOYEN Y CA.
EMPRESA EL COJO – CARACAS – VENEZUELA
DIRECTOR: MANUEL REVENGA

EDICION BIMENSUAL
(4,000 EJEMPLARES)
DIRECCIÓN: EMPRESA EL COJO
CARACAS — VENEZUELA

SUMARIO

TEXTO.—*La alegoría de Kaulbach*, por Arístides Rojas.—*A don Eloy Escobar*, poesía por Vicente Coronado.—*D. Eloy Escobar*, por Julio Calcaño.—*Piar*, poesía por Diego Jugo Ramírez.—*Variedades Literarias*, por Arístides Rojas.—*Alejandro de Humboldt*, por el Dr. Francisco de P. Alamo.—NUESTROS GRABADOS.—*Después*, por Miguel Eduardo Pardo.—*El Tocador*, por la Baronesa Staffe.—*Próximo eclipse parcial de Sol*, por M. Buscalioni.—*Su Cara Mitad*.

GRABADOS.—*Alegoría de Kaulbach*, copia de Jerónimo Martínez.—*D. Eloy Escobar*, retrato á la pluma por Herrera Toro.—*Un rancho en Tócome*, dibujo á la pluma por Herrera Toro.—*Samán de Güere*.—*Interior del Castillo de Puerto Cabello*, de fotografía.—*Los frutos de la guerra*, por Boisseau.—*Antigua plaza é Iglesia de San Pablo*, de fotografía de Lessmann.—*Resignada*, cuadro por Hicks.—*Dolorida*, cuadro por C. Dieterle.—*Eclipse parcial de Sol*, dibujo de M. Buscalioni.



ALEGORIA DE KAULBACH

LA MUERTE DESPOJANDO Á HUMBOLDT DEL PESO DEL COSMOS

(Copia por Gerónimo Martínez. — Colección Arístides Rojas)

LA ALEGORIA DE KAULBACH

—

Al insertar en nuestras columnas una copia de la elocuente alegoría de Kaulbach sobre Humboldt en los días en que éste dejó la vida, recordemos lo que escribió Arístides Rojas sobre los dos cuadros que representan al sabio; el uno, el de Ildebrand, en el silencio del gabinete; el otro, el de Kaulbach, cuando la muerte despoja al sabio del enorme peso del Cosmos.

. . . . . .

«El otro cuadro es una alegoría. Humboldt se presenta en la tumba de sus antepasados con el Cosmos á cuestas. La Muerte viene á su encuentro, le despoja de tan pesada carga y le invita á entrar. El sabio se inclina, saluda lleno de sonrisa á la Segadora y empujando la puerta de hierro desaparece.

«¿Qué representa esta alegoría? ¿A dónde conduce la Muerte el Cosmos que, durante más de medio siglo, llevó Humboldt sobre sus hombros? ¿Va á sepultarlo en las aguas de otro Leteo ó á lanzarlo, desde regiones ignoradas, para que ruede por los espacios como meteoro perdido?

«La Muerte no representa aquí el olvido sino la vida, el cambio de forma, metamorfosis de todas las fuerzas; el círculo eterno en que los componentes se unen y se separan y vuelven á unirse para constituir la armonía del Universo.

«La Muerte es aquí la idea inmortal del progreso, la faena de los pueblos, el espíritu vivificador siempre activo y luminoso en los horizontes de la humanidad, ya sea que trabaje en la vida, ya que retorne á la fuente purísima de Dios, después de abandonar el barro á la tierra.

«La Muerte es la ley universal que sostiene el mundo, la vida material un incidente. Es la Muerte la segadora y al mismo tiempo la distribuídora de los gérmenes, la que lanza á la luz del día todas las elucubraciones del espíritu silencioso y proclama la inmortalidad de los genios y resucita todas las discusiones y crea la Historia y se cierne sobre toda la tierra.

«La Muerte, al tomar el Cosmos de los hombros de Humboldt, es para entregarlo á la humanidad; al espíritu que fecunda, al alma pensadora y activa en solicitud de la verdad eterna. Esta, la que siembra, recoge, empuja y triunfa. El gran poder de la Muerte consiste en tener siempre la humanidad bajo su influjo; por esto le pertenece abrir el templo de la Justicia y de la Gloria á todas las acciones y á todas las grandezas.—¿Qué pide?—Pide la materia emancipada del espíritu para continuar, en su labor universal, las transformaciones; mientras que aquel queda dueño de sus obras, en la memoria y tradiciones de la familia y de los pueblos, en los anales de la historia y de la ciencia. Cuanto hizo en solicitud de la verdad eterna queda, como recuerdos que flotan y estimulan al corazón que aplaude ó vitupera, que odia ó ama. Este ejemplo de enseñanza, siempre vital, siempre elocuente, es el que une las familias, alienta los pueblos, estimula las acciones generosas. De otra manera no podríamos comprender el orgullo del hogar y de la patria, las aspiraciones á lo justo y á lo bello, el anhelo del buen nombre, la paz, el progreso de la humanidad.

«Todo talento que desaparece, toda virtud queda siempre como alimento y estímulo al espíritu de los que sobreviven, á las generaciones que se suceden: la Muerte es así un progreso constante: porque deja á la vida con su prestigio inmortal, la idea; mientras que el cuerpo se desmorona, como tributo á la eterna ley de las transformaciones.

«De manera que del cuadro que representa á Humboldt en la tarde de la vida, al que lo representa en el dintel de la tumba, no hay más que un paso, son los dos crepúsculos del último día.—En el uno, está el patriarca que descansa al pie de su cabaña, después de la gran jornada, y tiene á su lado el haz de leña que debe servirle para la última comida; en el otro, está el patriarca con su báculo de peregrino, que va en solicitud de la nueva patria, donde reposan sus progenitores, y donde le aguarda la Segadora inflexible, misteriosa amiga de toda senectud.

«Pero en presencia de estos cuadros cabe otra idea. Ellos conducen el pensamiento hacia lo pasado, y la mirada curiosa desea recorrer el camino trillado por estos espíritus luminosos que, después de haber llenado el mundo con sus nombres, como que quieren continuar por regiones desconocidas al género humano.

«¿Qué divisais en la vía que ellos recorrieron?—Nuevos hombres, nuevas ideas les han sucedido. Todo pasó, y ellos quedaron para cerrar la puerta que los separa de dos ó más generaciones: lo pasado del porvenir. Todo ha desaparecido antes que ellos, pueblos, gobiernos, familias; la idea fecundante ha renovado la sociedad, y la revolución humana ha arrojado á la fosa millares de víctimas; el tiempo ha pasado como llama invisible que asfixia, y surcos llenos de viejas cepas y de floridas espigas marcan su paso. Pero ellos quedan como el cedro secular, solitarios, en medio de los nuevos rebaños ignorantes del tiempo y de la historia.

«Retroceded á los días de Humboldt, cuando con la savia de la juventud esploraba la tierra venezolana, y no encontraréis en ellos ni el hombre, ni la idea. En menos de un siglo todo pasó. Derribadas fueron por las convulsiones del planeta y por la onda del progreso, las primeras ciudades que visitó el sabio; desaparecieron los conquistadores, y la revolución con mano de gigante levantó sobre las ruinas de lo pasado el cimiento de nuevos pueblos. Extinguiéronse los Chaimas, primera nación indígena que debía encontrar Humboldt en América, y quedaron por descendientes tribus híbridas sin tradiciones, sin lenguaje, sin memoria de lo pasado heróico. Desaparecieron las misiones, y los apóstoles del Cristianismo; y los primeros templos del Nuevo Mundo vinieron á tierra, y sobre sus ruinas volvió el vegetal que á la presencia del hombre europeo, se había reconcentrado en las selvas. Ya no se escucha la campana del templo que llamaba á la casa de Dios á los neófitos indígenas, ni se vé al pastor del Evangelio perderse en el tupido bosque en solicitud del hermano descarriado, ni las tribus belicosas del Caribe salen armadas en defensa de su hogar y de sus penates. Todo lo arrastró el soplo de la muerte, mientras que el olvido selló las tumbas. Y la guerra, y el incendio, y las venganzas, y las epidemias, y las pasiones, y la mano del tiempo, se llevaron en el espacio de ochenta años todo lo que parecía tener savia de vida y voz de aliento.

«Todo pasó como la nube viajera que recorre las cimas; pero quedó la Naturaleza siempre regenerada, siempre joven, imagen de su Hacedor para quien no existen ni el tiempo ni el espacio.

«Ahí está la cueva del Guácharo habitada por los descendientes del Guácharo de Humboldt. Ahí está la región de Paria con sus bosques y sus golfos testigos de lo pasado. Ahí está el Orinoco con sus raudales y sus árboles seculares y sus rocas graníticas y sus geroglíficos mudos. Todavía se levantan de las malezas los fuegos fatuos; y los torpedos de las ciénegas descargan sus baterías eléctricas en lucha con el caballo salvaje; y brillan los insectos lucíferos; y la crisálida guarda el ser alado de la inconstante mariposa que debe morir acariciada por la luz del día. Todavía se remonta el águila y el carpintero hace resonar el tronco de las juvias, mientras que á orillas de los grandes ríos, legiones de gaviotas no han olvidado las costumbres de sus progenitores.

«Todo continúa. El iris, *penacho de Dios*, como lo llama el Caribe, se ostenta sobre la nube opuesta al sol; ni la cruz del Sud ha dejado de anunciar la hora del alba al habitante de las dehesas; ni la luz zodiacal ha dejado de proyectar su pirámide crepuscular sobre la yerba de las sabanas, ni estas han dejado de inundarse por las erupciones de los ríos, en el invierno, imagen del antiguo mar que las cubrió en los días geológicos de América.

«Todavía ruge la tempestad en lo profundo de las selvas y bulle sobre la solitaria cima el rayo eléctrico, y descienden sin ruido las exhalaciones de noviembre, lluvia de fuego que no quema, ósculo espansivo de dos astros que se encuentran.

«El hombre pasó, y quedó la Naturaleza, *sublime reino de Dios*, como la llamó Humboldt; la Naturaleza que tiene monumentos más duraderos que el arte y la ciencia. Las islas de Grecia hablarán siempre con más elocuencia de Homero y de Sócrates que todos los libros; mientras que el Nuevo Mundo será un canto eterno á la memoria de Colón. Cada cordillera, cada región explorada del globo, representa una época, una idea fecundada en la historia del hombre, pues que ellas simbolizan la grandeza litológica que es eterna, como es eterna la memoria de los apóstoles de la idea civilizadora. Las cordilleras con sus valles y altiplanicies, con sus cumbres y cimas, son el anfiteatro del progreso humano. Los hombres-genios son como esas alturas inmutables que surgieron en los primitivos días del planeta, y han continuado al través del tiempo y de las revoluciones.—Todas las épocas son cordilleras y todos los genios cumbres.

«No me preguntéis si Keppler está á mayor altura que Platón, si Palyssi es más grande que Miguel Angel, si Fulton es más esclarecido que Galileo. No me habléis de César, ni de Napoleón, ni de Bolívar, ni de esos espíritus cuyo encargo sólo Dios conoce. Los más grandes no son siempre los más luminosos. Lo que importa es la interpretación de los fenómenos, el conocimiento de la ley divina. Pero si colocáis á Aristóteles sobre el Pindo y á Confucio sobre el Thibet, el Chimborazo pertenece á Humboldt. Ascended y tropezaréis con el enigma: la ciencia del porvenir en sus dominios impenetrables. Descended y encontraréis las gerarquías del pensamiento humano, cada una en su altura litológica respectiva.

«La ciencia se ha sistematizado desde que el Gran maestro metodizó los trabajos, trazó la vía, marcó los rumbos, y reveló la manera de sorprender la ley del Cosmos. Desde entonces cada obrero está en su puesto; la abeja en su colmena, la hormiga en sus antros, el águila en sus cumbres. La pluralidad de las investigaciones no puede ya refundirse en un solo cerebro, desde el momento en que se han ensanchado los horizontes de la idea, y el hombre ha logrado penetrar en la atmósfera estelar. Ya el genio no sube, surge; pero para surgir necesita de la base sólida que le han formado los obreros del pasado. Cualesquiera que sean en el porvenir los adelantos del espíritu humano, cuando en el curso de los siglos el conjunto del Cosmos aparezca bajo proporciones más definidas, Humboldt quedará siempre como una de las grandes estrellas en la vía láctea del pensamiento.

«Los libros pasan, los descubrimientos se modifican, las generaciones se suceden, la vida es tránsito, progreso la lucha. Pero ahí están las montañas inmutables, eternas. Son la imagen del pensamiento fundido y cristalizado á fuerza de crear, de amar, de sufrir. Para nosotros, el Cosmos no es sólo la naturaleza plástica y animada, el reino sideral, la planta, el mineral, el animal, el hombre; el conjunto armónico de los mundos; sino también el arte, la ciencia, la parte moral del sér, instrumentos del Arquitecto divino representados en el relieve del planeta como está la grandeza de Dios en la inmensidad de los espacios.»

ARÍSTIDES ROJAS.

A LA MEMORIA

DEL INSIGNE POETA ELOY ESCOBAR

—

Ven, cítara, y tus cuerdas
Por siempre enluta;
Lamentable desgracia
Lloran las Musas:
Ay! ya no existe
Aquel de las endechas
Cantor sublime.

—

Corred, lágrimas mías,
Corred sin duelo,
Que ha perdido la América
Un vate excelso:
La tierra toda
Oyendo sus cantares
Doliente llora.

—

Poeta de los tristes,
De alto numen,
¿Qué te vas y nos dejas
En noche lúgubre?
De hondas desdichas
No sabe quien no llore
Tus elegías.

—

Arrullaron las auras
Del mar tu cuna;
Insondable tristeza
Te dió en sus brumas,
Y en el gemido
Los ayes de tus cantos,
Y los suspiros.

—

¿Quién de la bella *Lola*
Decir ya puede
El amor, los hechizos
Que en ella esplenden?
Y aquél mensaje
Que en la nube y la onda
La enviaba el vate?

—

¿Quién á las glorias
Que el suelo patrio
Hubo en tiempos felices
Rendir aplausos?
Ay! ya en la fría
Tumba del bardo yace
Rota la lira.

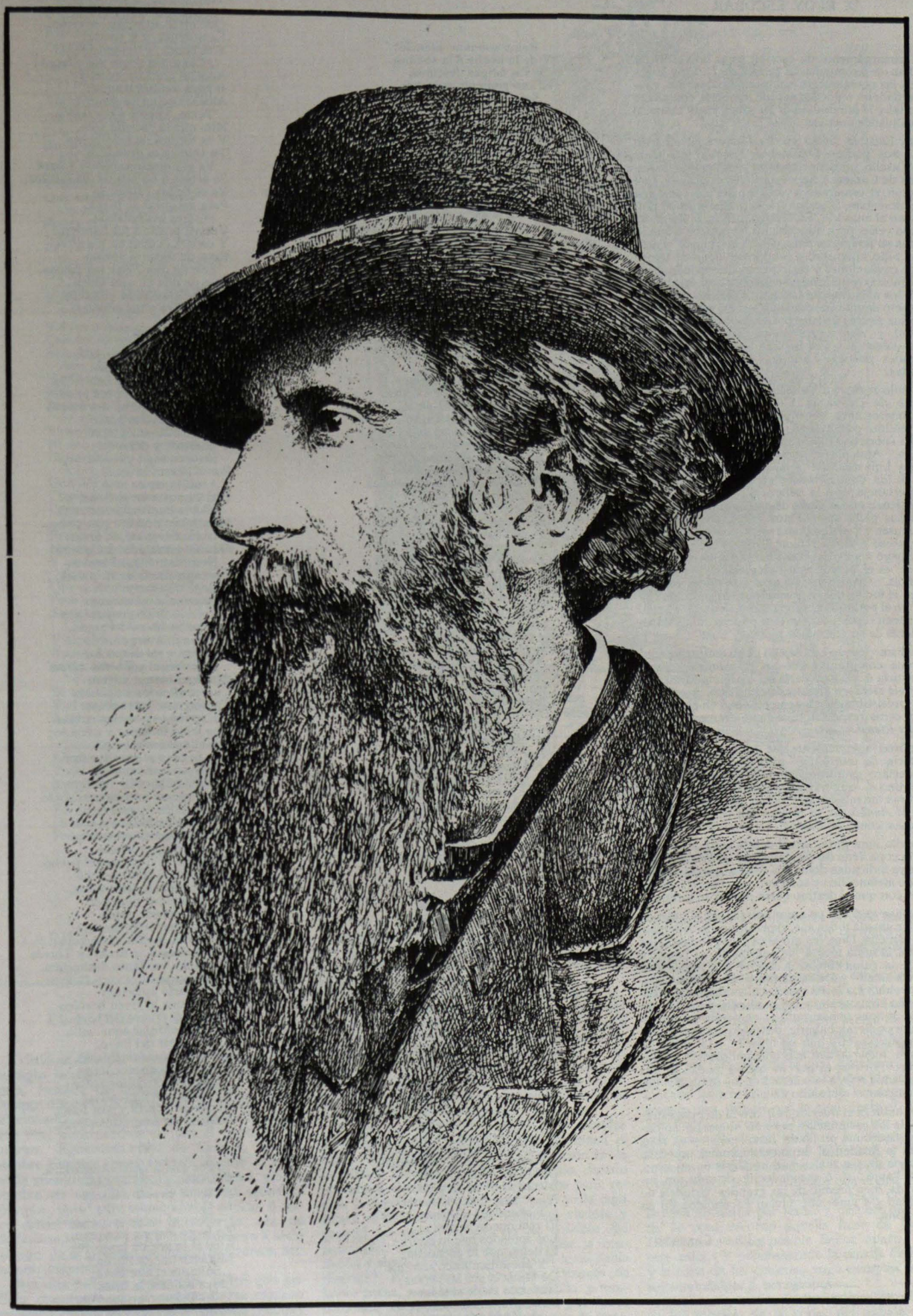
—

Puro lirio fué el alma
Del gran poeta,
Por aljófar el llanto
De amargas penas.
El hombre nunca
Vió tristeza tan grande
Como la suya.

—

Corred, lágrimas mías,
Corred sin duelo,
Que ha perdido la América
Un vate excelso:
Ay! ya no existe
Aquel de las endechas
Cantor sublime.

VICENTE CORONADO



Don Eloy Escobar

D. ELOY ESCOBAR

—

Al encargárseme de escribir estas breves líneas que han de acompañar al retrato de D. Eloy Escobar en las columnas de este periódico, se me causa verdadero regocijo, porque le quería con afecto fraternal y le admiraba por su saber y sus eminentes calidades poéticas.

Eloy Escobar nació en La Guayra el año de 1824. Sus padres, D. Esteban Escobar y D. Carmen Vasallo, pertenecían á las familias más distinguidas de Caracas. No obstante, la educación que le dieron, si esmerada y vasta, no fué tan completa como deseaban, á causa de la precaria salud con que vino al mundo. Enfermizo, pálido y delgado, bastaba verle para adivinar los tormentos á que le sometía su temperamento débil y nervioso. Parecía un niño, aprensivo y candoroso, lleno de temores, de cavilaciones y de tristezas, que ni la hartura del bienestar modificó en su juventud, ni atenuaron nunca los aplausos de las multitudes ni el amor y el respeto de que le rodeaban sus amigos. Enviáronle sus padres á viajar por Europa desde temprana edad, y viajó largo tiempo con escaso alivio de sus dolencias. En España dió á conocer sus facultades poéticas y adquirió valiosas relaciones literarias.

Cuando regresó á Venezuela, era ya un perfecto hombre de Letras, si bien continuaba, como en sus primeros años, el camino puramente romántico emprendido por Maytín y Lozano, quienes por aquella época nada hallaban superior al gran poeta Zorrilla. Andando el tiempo, Escobar se enamoró de Fray Luis de León; y en el estudio de este poeta y de los demás clásicos españoles, comprendió la importancia que la belleza y perfección de la forma tienen en las obras de arte, y rindiendo culto á aquellas galas que hemos heredado de las antiguas musas y son uno como sello inmortal de nuestro vigoroso y flexible idioma, batió libremente sus alas y llegó á alcanzar envidiable nombradía, como que es el mayor poeta elegíaco de la América Española. Clásico en la forma y un tanto romántico en el fondo, tal se nos muestra el genio de Escobar en el período de su madurez, período al cual pertenecen sus Silvas, Sonetos y Liras, hojas imperecederas de su corona de gloria.

Idealista, porque estaba ello en su temperamento, y porque comprendía que sin el idealismo el arte no existiría ó no merecería ser así llamado, su musa se veía siempre arrastrada al lirismo, y este impulso irresistible del numen perjudicó en alto grado su, por otros respectos, excelente drama intitulado *Nicolás Rienzi*.

Confieso ingenuamente que no me agradan ni la "Historia de una Niña" ni el "Viaje fantástico"; pero declaro asimismo que no sé quién haya escrito, del uno al otro extremo de la América Española, liras tan magistrales como las intituladas *Al duelo de Andalucía*, ni elegías tan sentimentales y preciosas como *El Castillo derruido*, y otras más.

Aquella amargura, aquel desencanto de la vida, aquella copa llena de lágrimas, no provienen sólo de sus ya indicadas dolencias físicas que le habían tornado melancólico y sombrío, sino también de los golpes con que el destino quiso probar su fortaleza.

Escobar amó con un amor entrañable, y puso en la mujer amada todas sus esperanzas de felicidad. Casó con ella, Dios les dió hijos; mas andando los tiempos, la ruina tocó á las puertas de su hogar, y tras de la ruina entróse la muerte y arrebatóle al hijo más amado y á la santa mujer que era su orgullo y su vida. La mella que aquellas desgracias hicieron en su naturaleza fué profunda; y desde entonces, aunque consagrado al comercio y á las letras, que pudieran haberle distraído un tanto, más parecía un espectro que un hombre, y las notas de su lira se hicieron aun más quejumbrosas y desesperantes. Por esto es por lo que su poesía en sus últimos años refleja la soledad de las tumbas y parece remedar el murmullo del ciprés.

Bien hubiera él querido reír con la alegría estrepitosa de las castañuelas, pero en su pecho no había más que una profunda desolación; y en 1889, cuando la Academia, de acuerdo con él, esperaba la mejoría de sus males para recibirle en su seno, Dios le llamó á sí, ó compadecido de vida tan infortunada, ó en premio de las grandes virtudes, de la caridad y el amor que vivían encendidos en su noble alma.

JULIO CALCAÑO

PIAR

—

I

Reina solemne silencio;
Y de la noche á la sombra,
De sus fatigas descansa
El campamento patriota.
Solo á lo lejos se escucha
La voz compasada y ronca
Del insomne centinela
Que da el alerta á la ronda.
De una tienda de campaña
Bajo las movibles lonas,
Joven guerrero un billete
Abre con mano nerviosa;
Brillan sus azules ojos
Cuando la carta devoran,
Y con ímpetu violento
El blanco papel destroza.
Siéntase, toma la pluma,
Que en la negra tinta moja,
Y de la convulsa mano
Estos caracteres brotan:
«Si no quieres mi fortuna
A la tuya unir, señora,
¿Qué son para mí la patria,
La libertad, ni la gloria?
Es un volcán mi cabeza,
Y mi corazón ahogan
Oleadas de lava hirviente
Que acrecen y se desbordan.
Si como dices me amas,
Y conserva tu memoria
La pasión que me domina,
El afán que me devora;
¿Por qué misterioso arcano
Te niegas á ser mi esposa?
¿Dónde está quien á mis ansias
Con tal fiereza se oponga?
Bulle en mis henchidas venas
Noble sangre, sangre heróica
Que da vigor á mis brazos
Al subyugar la victoria;
Lauros, y fama, y grandeza,
Te ofrece el alma orgullosa;
Que grandeza, y gloria, y fama
Sólo para tí ambiciona;
Y tú, juzgándote indigna
De mi amor y de mi gloria,
Me niegas toda esperanza,
Y anublas mi mente en sombras!
Y aplaudes mi heroico esfuerzo,
Celebrando mis victorias;
Cuando por tí diera juntos
Gloria, y fama, y patria, y honra!
Morir, pues, sólo me resta
Para ahogar las ansias locas
Que este amor desventurado
Nacer hizo en mala hora."—
Así despechado escribe
A la que su desdicha inmola,
El del *Juncal* héroe invicto,
Jefe del campo patriota;
Mientras se escucha á distancia
La voz compasada y ronca
Del insomne centinela
Que da el alerta á la ronda.

II

Todavía por los aires
Ecos de victoria vuelan,
Y de San Félix los lauros
Invicta la patria ostenta.
Se oyen aún las dianas
Que de una en otra aldea
Van proclamando vibrantes
Del bravo Piar las proezas;
Y ya el héroe legendario,
Víctima de suerte adversa,
Siente de amor en el alma
Ponzoña que lo envenena.
No ya su fama le importa,
Ni su valor le consuela,
Que es un amor imposible
Aquel que en el alma lleva:
Al par que injusticia ingrata,
De sus victorias afrenta,
Abate sus nobles bríos,
Su anhelo de gloria enerva;
Y en un rapto de iracundia,
Del Libertador licencia
Alcanza que le permite
Ausentarse á extrañas tierras
Y abandona en triste noche
El real que lo venera,
Los soldados que lo adoran,
El deber que lo encadena;
Y apesadumbrado, errante
De Maturín por las selvas,
Huyendo va de sí mismo,
De su gloria y de sus penas.
¿A dónde irás, insensato,
Que de tu amor te defiendas,
Si va en tu pecho el verdugo
Torcedor de tu existencia?
¿A dónde irás á ocultarte
Que no te alcancen, severas,
La libertad, y la patria,
Y la honra, y tu conciencia?
¿Cómo sin duelo abandonas
Aquella gloriosa enseña
A cuya sombra triunfos
Alcanzaste en lid sangrienta?
Tente, vuelve á tus reales,
Mira que la envidia vela,
Y es tortura de sus noches
Tu valor y tu grandeza.
Ya el monstruo pálido y fiero
Se arrastra en pos de tus huellas,
Ya se oculta cauteloso
Para asegurar su presa.
Pesares avasallando
Vuelve presto á tus banderas,
Y escucha cómo en los aires
Ecos de victoria vuelan.
Son de *San Félix* las dianas,
Que de una en otra aldea,
Van proclamando vibrantes
Tu bravura y tus proezas.

III

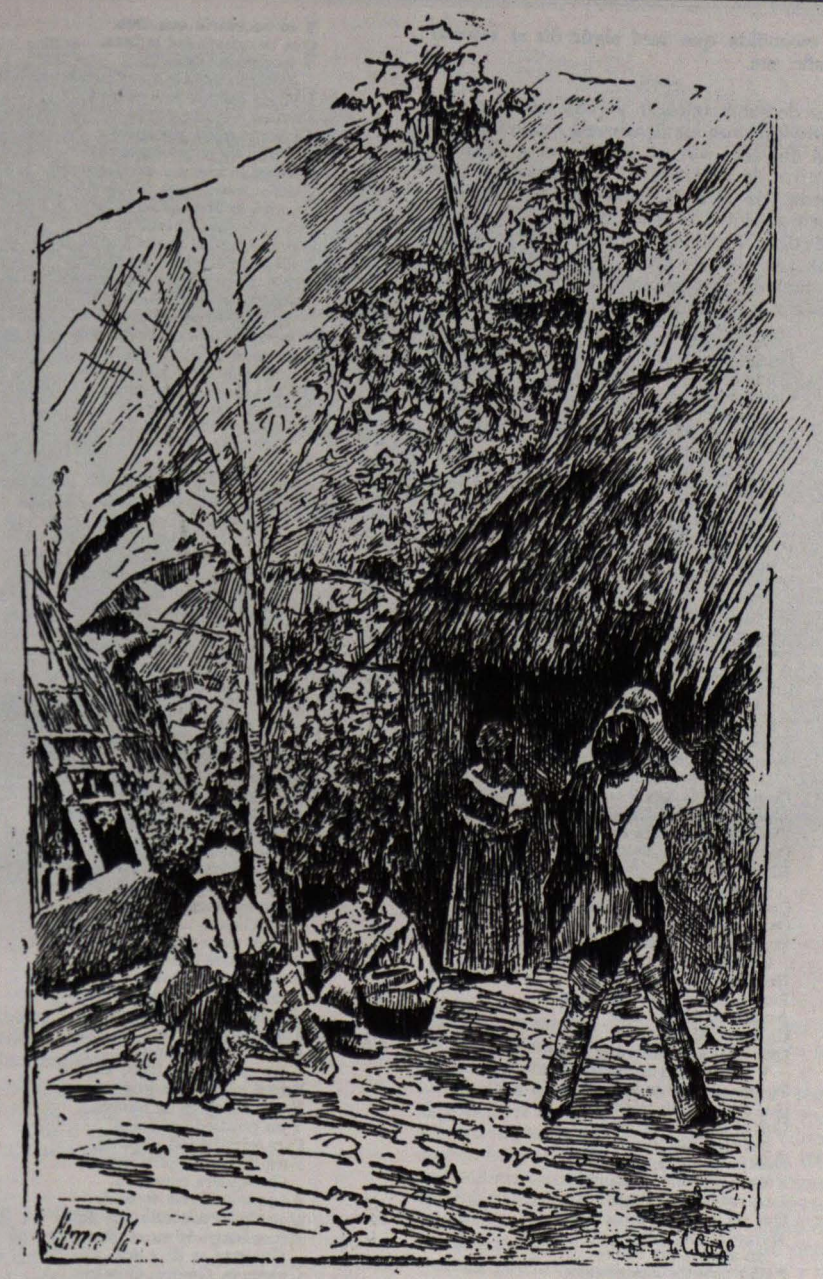
De traidor es motejado
Por enemigos arteros,
El que en Juncal y San Félix
Puso en los contrarios miedo;
El que los lauros del triunfo
Segó con invicto acero,
Por dar á la patria nombre,
Y libertad, y derechos.
Errante vaga y sombrío
Por el libertado suelo,
Y á morir aspira sólo
Con su amor en el desierto.
Mas la implacable calumia
Manchó su nombre con cieno,
Y como á traidor, la orden
Dan de prenderle, á Cedeño.
No resiste Piar el bravo,
Pues que morir es su anhelo;
Y llega con frente altiva
A presencia del consejo.
Preside Brión; cuyos ojos
Apenas se alzan del suelo,
Ocultando avergonzado
Su rubor y su despecho.
Anzoátegui y Torres miran
A todos, menos al reo,
Cual si ellos los culpables
Fuesen ante juez severo.
Expone el fiscal las culpas
Con labio indeciso y trémulo;
Y Galindo las rebate
Con firme y seguro acento.
El, que leal enemigo
Fue del noble Piar un tiempo,
Y hoy quiere en esfuerzo noble
Salvar al joven guerrero.
El inculpado los cargos
Oye con desdén supremo,
Y á su defensor sonríe,
De emoción henchido el pecho.
El terrible fallo escucha
Con semblante tan sereno,
Como si viese cumplido
En él su mayor deseo.
Degradación infamante
Y muerte, manda el decreto;
Y Anzoátegui, y Brión, y Torres
Firmanlo, en llanto deshechos.
Y lo aprueba el gran Bolívar
Por hallarlo justiciero;
Mas no que al joven heróico
Quiten las cruces del pecho.
Y al confirmar aquel fallo
El vencedor del ibero,
Sintió la pluma temblarle,
Y temblar todo su cuerpo.
Que no de traidor acusa
En balde enemigo artero,
Al que en Juncal y San Félix
Puso en los contrarios miedo.

IV

¿Por qué la noble Angostura,
Tan triste y sola se mira?
¿Por qué parece desierta
La ayer populosa villa?
¿Por qué los bronces sagrados
En largo clamor se agitan,
Cual si la voz de las torres
Llorasen una desdicha?
Sollozos el aire lleva,
Lleva sollozos la brisa
Y del Orinoco en tumbos
También sollozan las linfas,
¿Qué catástrofe amenaza
La noble ciudad invicta?

¿Socavan sus altos muros
Los leones de Castilla?
Redoblan los atambores,
Y plaza, y calles, y esquinas,
Rápidas las tropas llenan
Formando cuartas en línea;
Las banderas arrolladas,
Por negras bandas ceñidas;
Con bandas negras los jefes,
La tropa con negras cintas;
Armas á la funerala
Llevan todos, y la vista
Triste, huraña, recelosa,
En la plaza mayor fijan.
Allí llegan, y en batalla
Forman prolongadas filas;
Después apretado cuadro
Que encierra la artillería.
Un destemplado redoble
Rasga el aura vespertina;
Luego, á silencio tocando,
El clarín terror inspira.
Recia voz con duro acento
Aquel silencio domina
Gritando—"el que pida gracia
Tiene pena de la vida."—
Fúnebre marcha resuena,
Y á los toques de agonía
Que las torres dan al viento
Sale Piar de la Capilla.
Alta la frente y serena,
Y pálidas las mejillas;
Mas el desdén en sus labios
Muestra irónica sonrisa.
El ancho pecho que cubre
Blusa de paño sencilla,
Ni una sola cruz ostenta,
Ni un alamar, ni una cinta.
Sobre el corazón tan sólo
Una flor que ya no brilla;
Como su esperanza, mustia;
Como sus glorias, marchita!
Cuando del héroe la escolta
Frente á las tropas desfila,
Marcha triunfal toca el parche,
Y las banderas se inclinan.
Son al trunfador honores,
Que al recibirlos lo irritan;
Pues caminando á la muerte
Semejan dura ironía.
Llega por fin al banquillo,
Y alzando la voz altiva,
Apuntad aquí—les manda—
Sobre esta rosa marchita.
"Preparen, apunten, fuego!"
Se oye de su boca misma;
Y al estallar la descarga
A tierra viene sin vida!
. . . . . .
Sollozos el aire lleva,
Lleva sollozos la brisa,
Y del Orinoco en tumbos
También sollozan las linfas;
Mientras los bronces sagrados
En largo clamor se agitan....
¡Ronca voz con que las torres
Pregonan tanta desdicha!

DIEGO JUGO RAMÍREZ



UN RANCHO EN TOCOME

Estudio á la pluma por Herrera Toro

VARIEDADES LITERARIAS

(Contribuciones al estudio de los orígenes literarios en Caracas)

I

EL PADRE EGUIARRETA

Existió en Caracas durante los últimos años del siglo pasado, un clérigo de apellido Eguiarreta, hombre de ameno y chistoso carácter, siempre dispuesto á complacer á cuantos de sus relacionados le exigían algún epigrama, un cuarteto, etc., anticipándole un pie al capricho del curioso. Eguiarreta, hijo de Caracas, era un hombre popular, pues todo el mundo le reconocía talento epigramático y amabilidad, gracia, bondad de corazón, etc. Si no era un sacerdote ejemplar, pues para esto no había nacido, ó mejor dicho, había errado la vocación, era un ciudadano inofensivo y siempre dispuesto á sacar partido de la facilidad de improvisar versos, sermones, discursos, etc. etc.

Para este padre no había cosa difícil que pudiera oponérsele en el camino de su carácter epigramático, fácil y travieso. El salía siempre del paso con algo chistoso que causaba hilaridad. No se le podía sorprender con exigencias de este género, pues el padre parecía estar siempre listo á responder con algún epigrama. Según y como el interlocutor, así Eguiarreta era serio en sus epigramas ó de color encarnado.

Casi todos los improntus de este tan hábil improvisador son inadmisibles por su tendencia al equívoco sucio é indecente, sin embargo de que se conserva uno que otro de carácter sociable. Y como siempre lo que más gusta y se retiene es lo que tiende al equívoco indecente, Eguiarreta abundaba en lo que más celebridad le daba, por esto se citan todavía después de cien años, muchas de sus improvisaciones.

Refiere la tradición que en uno de los templos de Caracas debía predicar en cierta mañana el padre Eguiarreta. Jugaba éste á la sazón en la sacristía á los naipes con un monaguillo, cuando vinieron á decirle que se le aguardaba para recibir la bendición del celebrante, pues ya la misa estaba en el Evangelio. Sin turbarse, vistióse y guardó los naipes en uno de los bolsillos del balandrán. Preséntase en el altar, recibe la bendición y sigue al púlpito. ¿Sobre qué tema debía disertar? El mismo no lo sabía. Después de breve pausa, sacó los naipes del bolsillo, y mostrándolos al público disertó, durante una hora, sobre tan inusitado tema. Lo oportuno de éste, las citas históricas que acerca de cada uno de los palos de la baraja, le sirvieron de materia, todo contribuyó á llamar la atención del público que con grande atención le escuchaba.

En efecto, toma las espadas y habla de lo que ellas representan traspasando el corazón de María; habla de aquella espada con la cual Judit cortó la cabeza á Holofernes. Diserta acerca de aquella otra espada de fuego que llevaban los ángeles al lanzar á Adán y Eva del Paraíso. Habló de aquella espada (alfanje) con la cual Abraham, por orden de Dios, iba á cortar la cabeza de Isaac, ya hincado sobre la pira. Habló en seguida de aquella otra espada con la cual cortó el apóstol San Pedro la oreja de Marcos, etc., etc.

Y tomando el oro, habló de las treinta monedas en que fue vendido Jesucristo, y sacó á colación el oro del templo de Salomón, y lo que querían decir los libros santos con el oro, etc.

La copa le hizo recordar la copa de José y la cena instituida por Jesús. Y después que habló de la cena, recordó aquella frase de Jesús en Getsemaní: « Si es posible Señor aparta de mí este cáliz.» Y parafraseando la espada de la vida y la copa de los placeres, trajo ejemplos y consejos saludables á sus oyentes.

Los bastos, en fin, le dieron tema para hablar de los árboles, de la poda, del trabajo, de la

planta escondida que será algún día el refugio del rebaño, etc.

Antes de dar á conocer alguna que otra de las improvisaciones de Eguiarreta, copiemos las décimas que enviaron de la Habana á Caracas, con motivo de la traslación del Regimiento de Lombardía de esta capital á la de Cuba. El Regimiento llegó á Caracas con el Gobernador Marqués de la Torre, Don Felipe Fondarviela y Ordeano, en abril de 1771. A los pocos meses dejó la capital en 20 de octubre del mismo año.

Las décimas habaneras son las siguientes:

Caraqueñas, que lloréis
De Lombardía la ausencia,
Y que con tal impaciencia
Suspiros al cielo deis,
Justo será; ¿mas no veis
Que aquesa furia imprudente
Manifiesta claramente
A todo el orbe entendido
Que vosotras no habéis sido
Jamás tratadas por gente?
Juzgabais á lo que entiendo
Que Lombardía os amaba;
Mas de vosotras burlaba,
Según lo que estamos viendo,
Pues que á cada instante riendo
De vuestro trato está acá
Porque nos dice que allá
La dama más melindrosa,
A una expresión amorosa
Corresponde con un *Gua*.
Como nunca habéis tenido
Por allá otro regimiento,
Entre sollozo y lamento
Tenéis el pecho oprimido:
De Lombardía el olvido
Como la más fuerte ley
Lloran, cual insulsa grey
Vuestros corazones legos,
Que en la tierra de los ciegos
El que tiene un ojo es rey.
Celosas y embravecidas
Con las damas de la Habana
Os ciega pasión tirana,
Porque estáis mal advertidas:
La Habana tropas lucidas
En abundancia contiene;
Pero nuestro honor previene
Amar con ánimo leal
Un paisanaje especial
Que en gran número le tiene.
Y así cuando un regimiento
Se ausenta, no se halla una
Que lamente su fortuna
Con el menor sentimiento:
No más suspiros al viento
Déis en celosa agonía,
Volved en dulce armonía
Las tristes lamentaciones,
Que no nuestras atenciones
Merecerá Lombardía.
En agonía tan fuerte
Están cuantos han venido,
Que de este y ese partido
Nos dicen de aquesta suerte:
Que esto es vida, y eso muerte,
Eso el limbo, esto la gloria,
Eso olvido, esto memoria,
Esto el todo, eso la nada,
Esto ciudad celebrada,
Y aquello del mundo escoria.
En fin, la Habana es ciudad
Ilustre, noble y cortés,
Y la de Caracas es
Barrio de infelicidad:
Toda habanera es deidad
En su hermosura y su porte,
Y porque el cotejo importe,
Son toscas las caraqueñas,
Caracas sierra entre breñas,
La Habana en las Indias córte.

No se hizo aguardar la contestación, y el padre Eguiarreta se encargó de ridiculizar el *ajá* de las habaneras, y de defender el *gua* de las caraqueñas, en los siguientes versos:

Desvanecida habanera,
Vena en el parnaso intrusa,
A quien en vez de la musa
Atropos sopla ó mejera:
Habladora, bachillera,
Desvergonzada, importuna,
Hija de la vana luna;
Pues desde allá te acomodas
A hablarnos una por todas,
Va de acá por todas una.
Si es córte la gran Habana
Por su trato y por su porte,
Y estás sana en esa córte,
Debes de ser cortesana;
Pero furia tan insana,
Tan errada y criminal
Siento que me huele mal,
Y es necesario que crea
Que tu origen fue la brea,
Y tu cuna el arsenal.
No creo que los Lombardos
Hablen mal de esta ciudad,
Pues es en la realidad
De los lugares gallardos:
Y son dicterios bastardos
Que yo á creer no me acomodo,
Pues su estructura, su modo,
Su aire, su extensión y brío,
Sus calles y su plantío,
No los tiene el mundo todo.
Cuando el poder Anglicano
(Aun de escribirlo me corro)
Tomó el decantado Morro,
Y penetró el seno habano,
Nos dijo acá un cortesano
Que escapó de la cabaña: (1)
"Cada una su inglés apaña
Y las más de las señoras
Por ascender á *miloras*
Se rebelan contra España.
"Que usando de mil reveces
Y vueltas de caracoles,
Mueren con los españoles
Y viven con los ingleses.
Estos son los intereses
De un afecto fementido,
Y en el último despido
Cuando el inglés se embarcó
Hubo mujer que lloró
Delante de su marido."
Esto dijo y de aquí infiero
Que con infido quebranto,
Sentís en la Habana tanto
Las ausencias de Lutero. (2)
¿Por qué tu numen severo,
Aunque de vuelos muy tardos,
Nos acuchilla los fardos,
Unicamente por qué
Sentimos de buena fe
La ausencia de los Lombardos?
¡Gua! ¡La mujer de la Habana
Que desvanecida está
Con apodarnos el *Gua*,
Expresión muy lisa y llana!
No es inculta y chabacana,
Como lo piensa y maquina
La anglicana carabina
Allá en su caramanchón,
Y lleve para lección
Esta poca de doctrina.
Es el *Gua* expresión civil
Que en Caracas se dispuso,
Autorizada del uso
Allá de los años mil:
No es término bajo, vil,
Brutal ni falto de juicio:
Es cardinal, es de quicio,
Y en político congreso,
Para admiración expreso,
Para desprecio propicio.
Cualquiera conocerá,
Aunque esté con frenesí,
Que algún misterio hay aquí
Reconcentrado en el *Gua*;
Guanare se dice acá
Guarenas, Guaire, Guatire,
Guaira, Guaiguasa y admite,
Guacara Guanaguanares,
Guaitoco, y diez mil á pares,
Para que al *Gua* no le tire.
Vaya á España y hallará,
Guadaña, Guadalajara,
Guaderrama, y si no para,
Guadalupe encontrará:
Dígame pues, ¿cuánto *Gua*,
Y otros que decir no quiero,
No es fundamento certero
Con que se debe amparar
Este *Gua*, de que zumbar
Quiere el numen habanero?
Díganla que venga acá:
Y pues mi *Gua* defendí,
Que me defienda ella así
Aquel habanero *ajá*,
Que tan puesto en uso está:
Ajá, si se están zumbando,
Ajá si se están hablando,
Ajá, si se están queriendo,
Ajá cuando están oyendo
Que les están requebrando.
Ahora pues dígame ya,
¿Y en todo trance de amor,
Con qué se saldrá mejor,
Con el *Ajá* ó con el *Gua*?
El honor responderá
Si el *Ajá* ó el *Gua* prefirió,
Pues porque la razón fundó
Que en ardiente frenesí
El *Ajá* dice que sí,
Cuando el *Gua* dice que no.
Y hablando en todo rigor,
¿Cuál debemos sostener
El *no* que honra á la mujer
O el *sí* que quita el honor?
El *Gua* queda vencedor,
Habaneras celebradas,
Por corrientes, desahogadas,
Y quedamos convencidas
Que el *Gua* deja guarecidas,
Y que el *Ajá* deja ajadas.
Por su trato y cortesía,
Y por su jefe excelente,
Lamentamos grandemente
La ausencia de Lombardía,
Y tus versos en el día
Son confirmación cabal,
De que su afecto leal
Muestre con vuestro desdén,
Por ver que nos hablan bien
El que vos les habláis mal.
Les llegasteis á escuchar
Alguna fina expresión,
Y vuestro infiel corazón
No la pudo tolerar.
La luz os hizo cegar,
Y la cólera que lidia
En vuestra loca perfidia,
Os llevó sin dilación
Por mares de emulación
Al escollo de la envidia. (1)

Sentado estaba en cierto día el padre Eguiarreta en el confesionario de uno de los templos de Caracas, cuando predicaba á la sazón un fraile capuchino en la festividad de la Virgen, bajo la advocación del Carmelo, y deseando ensalzar ésta á la cual pertenecía, dijo que Cristo había sido Carmelita.

Disgustado Eguiarreta con aquella declaración tan impropia, y llevado por otra parte de la mala voluntad con que veía á todo capuchino, dejó el puesto que ocupaba y trasladado á la sacristía dió encargo al sacristán de poner en manos del orador la siguiente décima que improvisó allí:

A preguntarle me incita
El padre predicador
Si era Regente ó Prior
Cristo, siendo Carmelita.
No niego que fue infinita
La aplicación que le dió:
Mas, la Escritura, sé yo
Que dice en su campo ameno,
Que Cristo fue Nazareno,
Pero Carmelita no.

En otra ocasión, era Eguiarreta quien predicaba sobre el misterio de la Trinidad, y cuando más engolfado se hallaba en explicarlo, acertó á cruzar por las naves del templo un capuchino descalzo, el cual visto por el orador lo aduce como prueba, y dice al auditorio:

«Ahí tenéis, hermanos, en ese capuchino una prueba de lo que os estoy explicando: tiene barba como chivato: está ceñido con una correa como mono: anda descalzo como perro, y es un solo capuchino.»

En un lunes santo, salía Jesús maniatado. En la procesión iba el padre Eguiarreta, cuando en cierta esquina, al pasar aquella, se cruzó ésta con el viático que venía de otro templo. Tales misterios obligaron á una señora á pedirle al padre versos sobre aquel tema. «Qué casualidad digna de unos versos,» exclamó otra. Entonces Eguiarreta dijo:

Yendo en la columna atado
Jesucristo penitente,
Encontró por accidente
A Jesús sacramentado:
Uno de piedras molido,
Otro de azotes trillado.
Veo la fe en los dos unidos;
Cual hace un escarmentado
Con un misterio escondido
A un misterio publicado.

No llovía, prolongada era la sequía. Nos asamos Doctor, por qué no llueve? le preguntan al padre en cierta ocasión, y éste contesta:

El mundo está caducando,
Prevaricando la gente,
La justicia está perdida
Las virtudes en menguante
Las maldades en creciente
No se paga á quien se debe,
La majestad ofendida,
He aquí por qué no llueve.

Estaba el padre Eguiarreta en la esquina de

---

(1) Castillo junto al Morro.
(2) Alusión al protestantismo.

(1) Hace como cerca de cincuenta años que estas antiguas poesías vieron la luz pública por la primera vez, en un volumen en 8º titulado CENTÓN etc. por Fidel Ribas y Ribas. La copia que nosotros hemos aceptado figura en un manuscrito de 1800.



SAMÁN DE GÜERE

lá Torre, en una tienda, cuando pasó cierta persona que no quiso saludarle. Al instante vuelve el rostro el padre á los concurrentes y les dice:

Ese que pasa y me mira
Y el sombrero no me quita
Antes que fuera melón
Yo le conocí pepita.

Le pidió una mujer (entre la una y las dos) un verso. Exigió el padre un pie y ella le dió el siguiente: *No ha hecho Dios cosa buena.* Como la mujer no era gran cosa que digamos, el padre dijo:

Entre la una y las dos
Habéis tocado mi vena
Si todas son como vos
No ha hecho Dios cosa buena.

Preguntándole dos niñas qué hora era (eran las dos); él les dijo:

Registrando con cuidado
Las muestras de mi reloj
Hallé que estaba el puntero
Indicando hacia las dos. (Señalándolas)

Hallábase el padre Eguiarreta en el altosano de una iglesia en momentos en que los fieles entraban con motivo de la celebración de la misa de Noche buena: andaba por allí un francés ebrio, á quien una vieja oyó decir que *Jesucristo era un borracho*. Alarmada la tal con semejante blasfemia, corrió al lado de Eguiarreta á imponerle de tan insolente frase, á lo cual contestó aquel en el acto lo siguiente:

Si algún francés ó gabacho
Dijere con ironía
Que no es hijo de María
Jesucristo, es un borracho.

Tenía el padre Eguiarreta un amigo llamado el Doctor Sambudio, y conversando en cierto día con aquel sobre poesía, le dijo: pues has de saber Eguiarreta que yo tengo un criado, negro como carbón y con una geta enorme, el cual tiene el dón de ser poeta improvisador. Muy extraña pareció al padre la ocurrencia, y picado de curiosidad exigió á su amigo le enviase el criado á su casa para probar de un modo indirecto la verdad de aquel aserto. Fué más tarde el criado, y al presentársele á Eguiarreta, le preguntó éste:

—"Tú eres el negro poeta"
—Sí, señor, y sin estudio:
Que si no fuera esta geta
Fuera otro Doctor Sambudio.

Es de sentirse que las numerosas improvisaciones de color encarnado que se atribuyen á la musa de Eguiarreta, no puedan tener cabida en estas columnas. Hay algunas admirables y de casi todas se conservan copias. Eguiarreta fue no sólo un improvisador fecundo, sino también un poeta, un crítico, que dejó trabajos inéditos de los cuales hablaremos más tarde. A este cuadro seguirán otros, en los cuales departiremos acerca de los oradores religiosos del último siglo, y de las fiestas fúnebres que, durante la misma época, constituían la apoteosis literaria de los reyes muertos. Nuestro objeto al comenzar esta serie de cuadros, es contribuir con algo al estudio de nuestros orígenes literarios; ya que con un brillante volumen titulado *Parnaso Venezolano*, ha comenzado nuestro distinguido amigo Don Julio Calcaño, Secretario Perpetuo de la Academia Venezolana de la Lengua, una serie de trabajos que pondrán de relieve nuestras conquistas en el camino florido de la amena literatura.

ARISTIDES ROJAS.

ALEJANDRO DE HUMBOLDT

La Dirección de EL COJO ILUSTRADO, en su propósito de dar á conocer todas aquellas producciones que se relacionan con el progreso material é intelectual de nuestra patria, cuanto lo que de alguna manera la honre y dignifique, no ha querido dejar pasar ignorada la fecha del natalicio del gran Humboldt, cuyo nombre esclarecido llena las páginas de nuestra vida científica y cuya venerada memoria va unida al recuerdo glorioso de nuestros prohombres, los que trabaron con ardor y nunca desfallecida fé en la obra de nuestra emancipación política.

La visita que Humboldt hizo á estas regiones, á principios del presente siglo, marca la época de su emancipación intelectual, á la que contribuyó haciéndolas conocer bajo otra faz que la de míseras colonias, atrayendo sobre éllas las miradas de la culta Europa. Las amistades y afectos que durante su estadía en Caracas, se captó de personas notables, hicieron que recordase siempre á nuestra patria con singular predilección y que en sus numerosos escritos y estudios, mencionase á Venezuela como uno de los mejores países de la América del Sud y elogiase la índole y disposiciones naturales de sus habitantes, la gracia y donosura de sus mujeres, y la ilustración, juicio y rectitud de sus hombres distinguidos.

Fué el primero que estudió nuestra exuberante zona y el primero en hacerla conocer científicamente en todas sus manifestaciones. Con la vista de las risueñas playas cumanesas, orladas de palmeras, primera tierra americana que holló su planta, bajo un sol de fuego, que derrama cascadas de luz desde el cielo despejado y purísimo, encendióse la chispa de su ingenio y tomó su poderosa fantasía los variados colores con los cuales pintó sus admirables cuadros. Escaló la cima de nuestra cordillera costanera, para medir su altura, estudiar su formación geognóstica, su riqueza vegetal, á cuya presencia, y en vista de la semejanza que encontró entre las especies nuestras y las de los lejanos países de la zona templada, surgió en su mente la creación de una nueva ciencia: la geografía de las plantas, ó sea la doctrina de las leyes que determinan la distribución de los vegetales en la superficie de la tierra; con la cual ensanchó los hasta entonces estrechos límites de la Botánica, haciendo de esta ciencia un estudio filosófico. Cruzó nuestros dilatados llanos, estudiando su formación y especialmente la anguila eléctrica ó gimnoto, cuya fuerza galvánica describió magistralmente, en la Relación histórica de su viaje á las regiones equinocciales; navegó por nuestros grandes ríos y sus caudalosos afluentes; penetró en la obscuridad de nuestras selvas seculares, ante cuya majestad y grandeza pros-

ternóse su espíritu sublime; determinó la posición geográfica de muchas ciudades y pueblos, é hizo extensas observaciones sobre la climatología é hipsometría de la vasta comarca comprendida entre el mar Caribe y el límite sur de la provincia de Guayana.

Y no contento con estudiar, analizar y observar todo cuanto su luminosa mirada abarcaba, en la superficie extensa y varia, todo lo que su inteligencia asimilaba, sigue el curso de las ideas políticas que animaban á la incipiente Colonia; se da cuenta de su régimen, riqueza, historia; marca el grado de ilustración del pueblo, y aventura juicios y hace deducciones que más tarde debía confirmar el tiempo con hechos consumados.

La exploración de Humboldt en nuestro territorio, comenzó desde el instante en que llegó á Cumaná, donde se detuvo para observar los fenómenos seísmicos que frecuentemente conmovían á aquella tierra y que atraían su atención junto con la belleza y nitidez de su cielo, y la lujuriosa vegetación que le ofrecía ocasión propicia para penetrar en el hermoso vestíbulo de la Flora intertropical.

De ahí siguió al fértil y delicioso valle de Caripe, que desplegó ante la asombrada mirada del sabio, todo cuanto de bello é imponente encierra esta fecunda zona. Allí presenció la grandiosa lluvia de meteoros acaecida en la noche del 11 al 12 de noviembre de 1799, y después de haber visitado la cueva del Guácharo, que ha hecho célebre su clásica descripción, se encaminó á esta ciudad á donde llegó el 21 de noviembre del año citado.

¡Cuál fue el entusiasmo y admiración que se apoderaron del ilustre viajero, cuando contempló desde la Cumbre en el camino de la cordillera, el paisaje riente, ameno y encantador del valle de Caracas, reclinado á la falda del majestuoso Avila! Este recuerdo se grabó en su memoria por manera indeleble y cuentan que años más tarde, cuando algún venezolano lo visitaba en su modesta casa de Berlín, se complacía aquel Néstor de la ciencia, en oír cuanto se le refería de la ciudad y de los sitios que acostumbraba visitar en sus excursiones diarias de otro tiempo. Preguntaba por los arbolillos que aún crecen y fructifican en las áridas pendientes del camino viejo de La Guaira, y sus ojos se llenaban de lágrimas al pensar que jamás le sería dado contemplarlos otra vez!

Algunos recuerdos de la estadía de Humboldt en la ciudad subsisten y aun se conservan: el reloj de sol de la plazuela de San Jacinto, hecho bajo su dirección y el nombre de Sans Souci que hizo grabar sobre una plancha á la entrada de la bella hacienda de este nombre en el camino de Chacao. Quiso Humboldt recordar con este nombre, puesto á un pedazo de la tierra americana, á su lejana patria, al hermoso parque de Potsdam que le trajera á su memoria el lugar de sus juegos infantiles, de la plácida niñez.

La casa que Humboldt habitó frecuentemente y que le había preparado el gobernador Vasconcelos, estaba situada en la plaza de la Trinidad y fue destruida por el terremoto de 1812. Hasta hace pocos años veíanse sus derruidas paredes cubiertas de *tillandsias*.

Tres meses pasó Humboldt en Caracas, pues á mediados de febrero de 1800, emprendió viaje á través del país, siguiendo á los Valles de Aragua, «jardín de Venezuela,» como poéticamente los apellidó. Luego penetró á los llanos que se dilatan hasta los límites de las grandes selvas del Orinoco y sus afluentes. La descripción que ha dejado de aquellos, consignada en su famoso libro intitulado «Cuadros de la Naturaleza,» es la más bella y pintoresca, escrita con estilo inimitable. La expresión sobria y elocuente á par que poética forman el principal encanto de esta producción.

«Al pié de las altas montañas de granito que desafiaron la irrupción de las aguas—dice el admirable autor del Cosmos—al formarse en la época de la juventud de la tierra, el mar de las Antillas, comienza una vasta llanura que se extiende hasta perderse en lontananza. Si después de traspasar los valles de Caracas y el lago de Tacarigua, sembrado de numerosas islas, y en el cual se reflejan los plátanos que sombrean sus orillas, se atraviesan las praderas en que brilla el suave y claro verdor de las cañas de azúcar de Tahiti, ó se deja atrás la densa sombra de los bosquecillos de cacao, tiéndese y reposa la vista hacia el sur sobre pampas que parecen irse levantando gradualmente y desvanecerse con el horizonte.

«Súbitamente arrebatado á todas las riquezas de la vida orgánica, sorpréndese el viajero al penetrar en estos espacios sin árboles, que apénas le ofrecen huellas de vegetación. Ni una colina, ni una roca siquiera que se destaque como isla del fondo de esta llanura sin límites. Sólo algunas capas horizontales se levantan rotas acá y allá sobre el suelo que las rodea, y cubren superficies de quinientas leguas cuadradas. Los naturales llaman á estas capas bancos, expresando así, por acaso ó presentimiento, el antiguo estado de cosas, en los días en que estas llanuras constituían el lecho de un vasto mar interior, cuyos bajíos venían á ser tales eminencias.

«Hoy, todavía, al llegar la noche, una ilusión de los sentidos hace recordar estas imágenes de un tiempo que pasó. Al iluminarse la extremidad de la planicie con el rápido nacer ó ponerse de brillantes astros, ó al reflejarse su temblorosa luz sobre las capas inferiores de los vapores ondulosos, créese tener ante los ojos un Océano inmenso. Como éste, llenan también las llanuras el alma del sentimiento de lo infinito; desátanla de las impresiones materiales que producen los espacios limitados y la elevan á más altas aspiraciones. Pero todo lo dulce que es contemplar el claro espejo del mar, rizado por las inquietas y espumosas olas, lo tiene de frío y muerto la perspectiva del desierto, semejante á la que mostraría la desnuda corteza de un planeta devastado.

. . . . . .

«Después del descubrimiento del nuevo continente, los Llanos se han hecho habitables para el hombre. A fin de facilitar las relaciones entre las costas y la Guayana, se han construido aquí y allí ciudades cerca de los ríos que atraviesan la pampa. Por doquiera en aquellos espacios inmensos, comenzó la vida pastoral. Hállanse á distancia de una jornada una de otra, chozas hechas de encañados y cubiertas de pieles de buey. Vagan en rededor de la pampa muchos rebaños de caballos, mulos y bueyes vueltos al estado salvaje, cuyo número en la época de calma en que yo visité estos lugares, no se estimaba inferior á 1,500.000 cabezas. La prodigiosa multiplicación de estos animales sorprende tanto más, cuánto que han estado expuestos bajo esta zona á mayores peligros.

«Cuando la alfombra de verdor que cubre la tierra, ha caído deshecha en polvo, quemada por los rayos perpendiculares de un sol que no vela nube alguna, el suelo seco se grietea como si se hubiese dislocado por un violento temblor de tierra. Si entonces soplan vientos encontrados y resulta de su choque un movimiento circular, ofrece singular fenómeno la llanura. Semejante á un nubarrón en forma de embudo, cúya extremidad resbala por el suelo, álzase la arena como denso vapor en medio del torbellino vacío de aire y cargado de electricidad. Diríase que eran las trombas de agua cuyo ruido aterra al navegante experimentado. La bóveda celeste, como aplastada, deja caer sobre el llano desierto una luz pálida y sombría. Aproxímanse súbitamente los límites del horizonte; redúcese la llanura y se oprime el corazón del viajero. La tierra abrasada y pulverulenta, que flota en la atmósfera, como si fuese un espeso vapor, añade su calor al sofocante del aire, y cuando el viento del oriente llega á pasar sobre este suelo candente, en lugar de traerle frescura, lo hace más ardiente.

«Pronto van desapareciendo poco á poco las lagunas que preservaban del decaimiento las hojas amarillentas de las palmeras filiformes. En los países helados del norte, se embotan con el frío los animales; así también aquí el cocodrilo y la boa, profundamente enterrados en la arcilla seca permanecen inmóviles y aletargados. Por todas partes la aridez presagia la muerte.

«Y sin embargo, en medio de los tormentos de la sed, los rayos de luz refractados, ofrecen por todas partes al viajero la engañosa imagen de un mar agitado. Una estrecha corriente de aire separa del suelo los bosquecillos de palmeras que aparecen á lo lejos. Puesto en contacto con capas de temperatura y de densidad por tanto desiguales, parecen flotar por un efecto de óptica.

«Envueltos en una espesa nube de polvo, atormentados por el hambre y por una sed violenta, vagan y corren por todas partes los caballos y los bueyes, dando mujidos sordos éstos y aquellos con el cuello vuelto hacia el viento y aspirando con fuerza para reconocer en la humedad del aire la presencia de un charco que no esté ya del todo evaporado.

«Dotado de instinto más certero, busca el mulo otro medio de apagar la sed: una planta de forma globosa y dividida en la superficie por gran número de costillas, el melocacto, guarda bajo su punzante cubierta una médula muy acuosa. El mulo después de haber tomado la precaución de separar las espinas con las patas, aventúrase á aproximar los labios y á beber la refrescadora médula. Pero no siempre abreva impunemente en esta fuente vegetal; es muy frecuente ver mulos heridos en el casco por las espinas del cacto.

«Cuando al ardiente calor del sol sucede la frescura de la noche, igual siempre al día en estas regiones, el momento de reposo todavía no es llegado para los caballos y los toros. Durante su sueño, murciélagos monstruosos les chupan la sangre como vámpiros ó les hacen llagas purulentas en la espalda, en las cuales se fijan luego mosquitos hipoboscos y enjambres de insectos armados de aguijones. Tal es la miserable vida que traen los animales en la pampa, siempre que el ardor del sol deja sin agua la superficie de la tierra.

«Cuando por fin, después de prolongada sequía, llega la benéfica estación de las lluvias, la escena cambia súbitamente. El azul profundo del cielo, del cual no se destacaba nube alguna, se descarga y se ilumina. Apenas si se puede reconocer en la noche la mancha oscura de la Cruz del Sur. La dulce fosforescencia de las nubes de Magallanes pierde su brillo. Las constelaciones del Aguila y del Serpentario despiden aun en el zenit una luz centellante que no se parece tanto á la luz planetaria. Hacia el Sur, nubes aisladas álzanse perpendicularmente al horizonte y simulan montañas lejanas. Densos vapores estiéndense poco á poco á modo de neblina hasta el zenit. El ruido del trueno, anuncia á lo lejos la lluvia que ha de reparar la tierra.

«Apenas se ha humedecido su superficie, vístese la llanura embalsamada de Kilingias, de Paspalum de numerosos panículos, y de diversas especies de gramíneas. Atraídas por la luz, las mimósas herbáceas despliegan sus adormecidas hojas y saludan el nacimiento del sol, como los pájaros con su canto matutino, como las flores de las plantas acuáticas que se despliegan al primer rayo del día. Pacen los caballos y los bueyes y parecen contentos de vivir: ocúltase el jaguar abigarrado entre las altas yerbas; espía la presa desde el fondo de su retiro y midiendo de una sola mirada el alcance de su salto, se lanza y cae de un solo brinco, á la manera de los gatos y tigres del Asia, sobre los animales que pasan.

«Según refieren los indígenas, vése en ocasiones en las orillas de los pantanos, levantarse lentamente el barro húmedo despidiendo partículas. Pronto se oye una violenta detonación, y es lanzada la tierra á grande altura como en las erupciones de los pequeños volcanes de lodo. El que conoce este fenómeno se apresura á huír, porque inmediatamente sale de este retiro, ya una monstruosa serpiente acuática, ya un cocodrilo acorazado que el primer turbión le ha despertado de su letargo.

«Poco á poco crecen y se desbordan el Arauca, el Apure y el Payara, que limitan la llanura al Sur, y la naturaleza obliga á vivir como anfibios á los mismos animales que en la primera mitad del año languidecían sedientos sobre la tierra hecha polvo seco. Parte de la llanura toma la apariencia de un mar ilimitado. Retíranse los jumentos con sus crías á los bancos elevados que se destacan como islas en la superficie de las aguas. Váse reduciendo día por día el espacio que queda en seco. La tierra y el pasto faltan á los animales. Estrechándose unos á otros nadan horas enteras y se alimentan miserablemente con los panículos floridos de las gramíneas que sobresalen de entre las aguas fermentadas y negruzcas. Muchos potros se ahogan; muchos son sorpren-

didos por los cocodrilos que les quiebran los huesos con su cola dentada y los devoran luego. No es raro ver caballos y bueyes que han escapado á la sanguinaria avidéz de estos gigantescos lagartos que llevan todavía sobre el anca la huella de sus agudos dientes.

«Tal panorama recuerda involuntariamente al observador atento, el cuidado que ha puesto la naturaleza en apropiar á todas las circunstancias ciertos animales y ciertas plantas. El caballo y el buey, así como los cereales han seguido al hombre por toda la tierra, desde el Ganges hasta el Río de la Plata, de las costas del Africa hasta la altiplanicie del Antisana, que excede en altura al pico de Tenerife. Allá es el abedul del Norte y acá la palmera los que en el medio del día protegen al toro fatigado de los rayos del sol. La misma especie de animales que en el Oriente de Europa lucha con los lobos y los osos, está bajo otro cielo expuesta á los ataques de los tigres y cocodrilos.» (1)

Después de los llanos siguió Humboldt al Orinoco por el Apure; subió el curso de aquel hasta San Carlos de Río Negro, último establecimiento español en aquellas soledades, cruzando los raudales de Atures y Maipures. Emprendió luego el regreso por el mismo camino hasta Angostura, de la cual partió el 10 de julio y después de atravesar los llanos de Barcelona llegó á la ciudad del mismo nombre, donde se embarcó el 24 de noviembre con dirección á la Habana.

Fué ésta su recorrida á Venezuela, rica en resultados científicos. Humboldt tuvo la gloria de abrir la senda, por la que después, siguiendo sus pasos é iluminados por las radiaciones de su ingenio peregrino, han marchado los zapadores de la ciencia, las inteligencias ávidas de saber, los corazones llenos de entusiasmo y de abnegación.

Seguir á Humboldt, en su peregrinación por la haz de la tierra, inquiriendo, analizando y explicándolo todo; remontarse con él á los espacios para explicarnos el sistema del mundo, el origen de su formación y las leyes invariables que determinan los movimientos de los astros rutilantes en la bóveda de zafiro; penetrar en las cavernas y en los cráteres humeantes para analizar las substancias que vomitan los colosos, y darse cuenta del estado interior de nuestro globo; sorprender en la célula orgánica el protoplasma y observar en el óvulo las transformaciones de que es suceptible el cambio de las substancias y la difusión de la vida; fijar su ojo escrutador sobre la lente del microscopio para reconocer en el polvillo imperceptible de la placa los átomos que el aire conduce de grandes distancias y á través de los mares y las montañas, para reconocer en ellos productos de países lejanos ó partículas meteóricas; estudiar, en fin, la irritabilidad en los nervios de los animales y plantas, y darle unidad al aparente caos de leyes, causas y efectos; es tarea superior á nuestras exiguas fuerzas, porque la obra del gran Humboldt, por la variedad y extensión de las materias que abarca, forma una enciclopedia universal en que se tocan todos y cada uno de los ramos del saber humano!

(1) Humboldt Tableaux de la Nature.

Cierta fiesta por extremo simpática, celebróse el 14 de septiembre de 1869, centenario del Néstor de la Ciencia. Las ruinas de la casa de Bello Monte, mansión que Humboldt visitaba con frecuencia en sus excursiones por el lado de Chacao y que habitaba la distinguida familia del señor don Andrés Ibarra, hallábanse adornadas é iluminadas sus derruidas paredes, por los reflejos de multitud de hachones. Las corporaciones científicas, los hijos de Alemania residentes en Caracas y los gremios de la ciudad, quisieron rendir un tributo de respeto á la memoria del eximio varón en el mismo lugar que sus ojos habían contemplado hacía cerca de siete decenas de años.

Allí reunidos, en medio de aquellas solitarias ruinas, todavía respetadas por el hombre y la acción del tiempo, radiando con las mil luces que llenaban su recinto, presenció el valle de Losada, el viejo Avila, justamente inmortalizado en los anales de la sabiduría por aquel cuyo nombre repetían todos los labios, la escena singular y sorprendente en que los hijos agradecidos de dos naciones, se unían para celebrar la apoteosis del sabio y entonar loores á su excelsa memoria.

Aquel fue un Centenario. Niño nosotros, en aquella época, no pudimos asistir á su celebración. Hoy, poseídos de la grandeza de Humboldt, nos es muy grato conmemorar con humilde óbolo el día de su aniversario.

En nuestra patria, un insigne literato, el Dr. Arístides Rojas, con labor perseverante y ánimo esclarecido, ha trazado con su brillante pluma rasgos prominentes de la vida del sabio, especialmente en lo que toca á su estadía en Venezuela, sus opiniones sobre estos países y sus obras principales. Ha hecho más; penetrado de la obra civilizadora de Humboldt, la influencia de sus escritos en nuestro país y el haber sido el primero que, con la mirada de la ciencia contempló los innumerables y pomposos recintos del magnífico palacio de nuestra naturaleza, ha escrito las *Humboldtianas*, «bellísimas en la forma, pintorescas en la expresión, profundas y trascendentales en los conceptos,» como de ellas dijo nuestro querido padre. Y agrega en el mismo escrito (3) «En esas pájinas, pasan en majestuosa revista, la civilización indígena con su sencillez primitiva y su tosca cosmogonía; sus sacerdotes, sus caciques y sus bronceadas tribus: la civilización europea amparada á la sombra del lábaro de la cruz y propagada por el valor impetuoso de los conquistadores y por el fervor de la palabra apacentadora de los misioneros; y la civilización que surgió en la época de la independencia, difundida entre el estruendo de los combates y la inestabilidad de los comicios populares por Miranda, Bolívar, Sucre, Zea, Roscio y tantos varones preclaros que ostentan en sus manos los instrumentos del martirio, mientras que sus frentes esplenden con la aureola de la gloria.»

A estos escritos referímos á nuestros lectores, hoy que queremos festejar un nombre.

Caracas: 14 de septiembre de 1892.

FRANCISCO DE P. ALAMO

(3) Las Humboldtianas por el Dr. A. M. Alamo.



INTERIOR DEL CASTILLO DE PUERTO CABELLO

NUESTROS GRABADOS

Alegoría de Kaulbach

Nos referimos al artículo que acerca de este asunto escribe en otra sección de la Revista nuestro co'aborador el señor Dr. A. Rojas.

El árbol de Humboldt

Con este nombre se conoce en Europa el célebre samán de Güere, entre Turmero y Maracay, cuya vista reproducimos en este número de EL COJO ILUSTRADO. Dos años antes de morir el autor del "Cosmos," un artista, Pablo Rosti, que acababa de visitar á Venezuela, quiso obsequiar á Humboldt con un álbum de fotografías que había sacado en los mismos sitios que había visitado el célebre viajero, y entre las cuales figuraba la del saman de Güere, tomada en 1858. Humboldt principió á contemplarlas lleno de emoción; pero cuando llegó á aquella en que se ostentaba, en toda su belleza el hermoso árbol, llevó una de sus manos á la frente, como queriendo borrar la imagen de un recuerdo doloroso. Al instante los ojos del anciano se llenaron de lágrimas, y en presencia de aquel dibujo que despertaba en su memoria las dulces impresiones de su primera juventud y el recuerdo de Venezuela, dijo al viajero: "Ved lo que es de mí hoy; y él, ese hermoso árbol, está lo mismo que lo ví ahora sesenta años: ninguna de sus grandes ramas se ha doblado; está exactamente tal como lo contemplé con Bompland, cuando jóvenes, fuertes y llenos de alegría, el primer impulso de nuestro entusiasmo juvenil embellecía nuestros estudios más serios."

El samán de Güere, después de mucho cuido, se conserva todavía, aunque ya en los días de ocaso. Está en la prolongada época de letargo, vecina de la muerte, que se apodera de ciertas existencias.

Rancho en Tócome

Los que hayan ascendido á la *Silla de Caracas* no podrán menos que apreciar la exactitud del dibujo á la pluma de Herrera Toro, que hoy damos. Al llegar el viajero á ese punto va muerto de sed y de fatiga, deseoso de encontrar donde apagar aquella y dar algún descanso al cuerpo.

Vista del Castillo de Puerto Cabello

En los días del Centenario de Bolívar, en 1883, se cumplió una centuria de haber entregado la *Compañía Guipuzcoana de Caracas*, al gobierno español, la fortaleza de Puerto Cabello con todos los elementos de guerra que en esta existían. Como documento curioso trasmitimos á nuestros lectores el siguiente que encontramos en papeles antiguos:

"Razón del importe de la Artillería, Municiones y Pertrechos que pertenecientes á la Real Compañía Guipuzcoana de Caracas existen en el Castillo y Fortaleza de Puerto Cabello, valorada por la Contaduría Principal de la misma Compañía según los precios de semejantes efectos en América en el presente estado de Guerra, á saber:

	Artillería	*Rls. de vellón*
1	Culebrina de bronce de calibre de 18, con 5.901 libras castellanas de peso 6½ reales de plata	72.200,16
2	Cañones de bronce de á 12 con 7.868 libras á 6½ reales de plata	81.208,16
4	Idem de idem de á 8 con 11.528 libras á idem	141.048,18
33	Idem de fierro de á 12 con 108.900 idem á real de plata	204.988, 6
12	Idem de idem de á 18 con 48.168 libras á real y ¼ de plata	136.003,26
20	Idem de idem de á 8 con 44.000 libras á 1 real de plata	82.823,18
4	Idem de idem de á 4 con 4.400 libras á idem	8.282,12
2	Idem de idem de á 1 con 600 libras á idem	1.123,14
7	Pedreros de idem con 1.400 libras á idem	2.635,10
85	Cañones y pedreros inclusa una culebrina, su valor reales vellón	730.320,
	Pertrechos y municiones	
4	Curefias de marina de á 12 sin chavetas en	512, 4
5	Idem usadas de á 12 en	752.32
14	Idem de á 8 en	1.990, 4
4	Idem de á 4 en	500,
480	Balas	Calibre de á 18 Fábrica in-
200	Palanquetas	glesa valuadas en 18.432,
1.566	Balas del calibre de á 8 valuadas en	21.331, 2
630	Idem de idem de á 4 idem	3.794,28
1.000	Balas de calibre de 1	
600	Idem de idem de 2	
1.000	Idem de idem de 3	
1.712	Idem de idem de 12	con 27.288 libras á 16 pesetas quintal 63.746,26
100	Palanquetas de 4	
412	Idem de 8	
182	Idem de 12	
3	Cucharas usadas del calibre de 8 su valor	451,26
3	Idem idem idem de 12	722,28
4	Lanadas de 12	210,28
6	Idem de 8	200,
6	Planchas de cañón su valor	200,
	Total valor reales de vellón	845.795,10
		$ 56.386,

Los frutos de la guerra

Ningún grabado más elocuente y al mismo tiempo más oportuno en los días que atravesamos, que la imagen de la escultura de Boisseau, que representa por medio de una madre desolada, acompañada de sus hijos hambrientos, los frutos venenosos de la guerra. La inquietud, el pavor en los niños, los horrores de la madre, al sentir desfallecidos los hijos de su corazón, todo en este trabajo habla al espíritu sensible de una manera elocuente. Bella obra la de Boisseau, que inspira no sólo la contemplación del arte, sino que estimula al corazón á odiar lo que hasta hoy no ha dejado á la humanidad sino ruina, desolación, lágrimas y dolores: *la guerra*.

Antigua plazuela de San Pablo

Este sitio de Caracas, en parte transformado, por figurar en él el Teatro Municipal, no ha perdido, á pesar de ésto, el sello de vulgaridad que tuvo desde comienzos de la fundación de Caracas. Donde figura el teatro estuvieron la ermita de San Pablo, fundada en 1580, el primer hospital que tuvo Caracas y la capilla de la Caridad, donde era venerada la imagen de *Nuestra Señora Mariana de Caracas*. Exceptuando la porción donde se levanta el Teatro, el resto de la plazuela es la misma que ahora doscientos años. Es decir, está como Quevedo, etc.

La plazuela tuvo alameda de hermosos almendros, los cuales fueron tronchados en una noche de 1843, porque tal fue la voluntad de uno de los vecinos comerciantes, para quienes no existían, á lo menos en aquella época, las conquistas de la estética. A la alameda sustituyó la *India de mármol* que figura en la fotografía. Cuando menos lo pensaban los vecinos de San Pablo, la india aparecía vestida de manto etiópico, por lo sucio de las cañerías. Gritaba la prensa y mucho; pero á poco volvía el manto etiópico, hasta que la pobre estatua abandonó la plazuela de San Pablo.

Alfredo Roudier

Aún vive en Caracas el recuerdo de este ingeniero francés que vivió durante algunos años en la capital de Venezuela. Su carácter franco, alegre, expansivo, estuvo siempre á la altura de sus méritos artísticos, porque Roudier fue artista inteligente. Consérvase uno que otro de sus dibujos al lápiz, tinta de china, acuarela, etc., etc., todos correctos y graciosos. El que hoy presentamos á nuestros lectores fue un esbozo dibujado en uno de sus momentos de inspiración en los días en que Caracas festejó el centenario de Humboldt; titúlase *Omnia transeunt*.

Resignada - Dolorida

Entre los muchos grabados que publican las revistas europeas, los dos que hoy reproduce EL COJO ILUSTRADO, son de los que reunen mayores condiciones de belleza artística. Como tipo femenino, la *dolorida* y la *resignada* contienen gran suma de ideal y la impresión que al contemplar esas fisonomías recibe el lector es de conmovedora tristeza.

El Lechero y El Panadero

Estos tipos son por demás conocidos en Caracas y dignos por tanto de figurar entre las curiosidades. Ellos son los que despiertan á los morosos en levantarse y muchas veces, cuando la policía recuerda sus obligaciones y los retiene para examinar sus productos nos causan desazones y nos hacen desesperar del cumplimiento de la ley.

Música

Entre los aficionados venezolanos, que más título tienen á la gratitud del arte musical, se cuenta á nuestro ilustrado amigo el señor Federico Vollmer. Conocedor profundo de los misterios de la armonía; espectador y oyente asiduo de las grandes celebridades musicales, sabe á la perfección las cualidades y defectos que concurren en los grandes maestros y sus intérpretes; y á este conocimiento agrega disposiciones muy altas de compositor.

Dedícase en sus ratos de ocio, con éxito nunca desmentido, á la creación de obras nacionales que siempre fueron aplaudidas; y todas revelan la gracia de su ingenio y saber. Ejemplo de ello es la que hoy se honra en publicar EL COJO ILUSTRADO y cuyo obsequio sabemos agradecer. Pronto publicaremos otra del mismo autor.



LOS FRUTOS DE LA GUERRA, *por Boisseau*



ANTIGUA PLAZUELA É IGLESIA DE SAN PABLO [De fotografía de Lessmann]

DESPUES

Cuando el camarero me dijo que en el hotel se encontraban una familia española, y una señorita que poseía el francés, salté rápidamente del sofá, tiré el periódico y echándome al descuido la americana bajé de dos en dos los peldaños de la amplia escalera con la impaciencia del hambriento á quien anuncian que la comida está servida.

Y no era para menos; hacía tiempo que andaba yo reñido con aquella árida lengua inglesa, únicamente suave á mis oídos cuando la silabea una mujer.

Además, me pesaba aquella montaña con su oscuro Delaware que se movía por sus ásperas orillas como un espeso mar de aceite sucio: ¡hasta me entraron ímpetus de regresar á la ciudad cuando dilató la máquina del tren su prolongado resoplido en aquella estación; pero el "Time table," allá, en el fondo de su larga cinta de números marcaba las once de la noche para la vuelta y hube de resignarme á tomar el carro que me condujo al hotel, inmenso y sombrío, como todo lo que me rodeaba.

La española que me anunció el camarero era fácil de encontrar en aquel tumulto de gente: estaba dando saltitos al pié de una columna del Poch. Y allí fuí sin vacilar.

Hablamos de Cuba, de La Habana, porque ella había estado allí en los tiempos del General Salamanca. Estaba indignada del lugar. ¡Qué gente más pesada! ¿verdad? —Qué hombres más bruscos ¿sabe usted? —Como nosotras no hablamos inglés creen que no somos señoras ¿habrá imbéciles?...

Luego, sin fatigarse, corrió revista á las mujeres. Un diluvio de frases burlonas en un minuto. Las había sorprendido apurando copas enteras de whiskey. Ayer en la excursión, del otro lado de la montaña, las vió recogerse los trajes hasta la rodilla para saltar un arroyo de á cuarta de ancho, y delante de todo el mundo, ¡indecentes!...

Salí aturdido. Decididamente, no se puede hablar con una española sin marearse.

Se abrió el salón de comer, ruidosamente, y mujeres y hombres mezclados, franquearon las cuatro entradas. Mi vecina de mesa era americana; no sé como la emprendimos, pero á poco charlábamos como dos viejos amigos. Me dijo que hablaba un poco el francés, un francés apretado, vibrante y con deliciosos atropellos gramaticales; cuando no podía con una frase la encajaba en inglés y se reía, descubriendo los dientes aperlados y llenos de orificaciones menudas. Se asimiló las costumbres de París en el poco tiempo que estuvo allí y era de entusiasmar aquella yankee, que andaba insultada por no haber nacido francesa... ó española porque en estas dos naciones es que hay hombres que saben bailar vals, y sus paisanos lo estropean. ¡Pues no se vió más de una vez en el caso de dejarse caer en el primer sillón pretestando un dolor repentino!

Y en verdad, es difícil encontrar mujeres que bailen el vals con mayor soltura y elegancia que las americanas. Fuí su compañero de baile toda la noche. ¡Qué alegría, y qué modo de seducir! más intranquila no la he visto. Se puso triste cuando le anuncié que regresaría al día siguiente á la ciudad.

—Ah! nó, imposible; el paseo de mañana; la cascada; Harrison; la excursión en velocípedo; el baile del martes, en que son ellas las que van á inscribir sus nombres en los programas de los caballeros; un puñado de diversiones; nó, nunca, había que desistir del viaje...

Al día siguiente, en la tarde, cuando bajamos cogidos del brazo por los senderos pedregosos, tropezando á menudo con los ramajes del bosque azul, llenos de flores amarillas los sombreros! bendije la hora en que no se me ocurrió arribar á la montaña. Ya no echaba de menos á Asbury Park con las bañistas semi-desnudas, publicando redondeces; ya no era el recuerdo de la danza bulliciosa de Long Branch; ya no era la ciudad con sus portentos que privaba. Era aquella montaña empinada, tupida de árboles, que se erguían con atrevida grandeza murmurando no sé qué de amor y felicidad desconocidos en lo absoluto á mi vida impaciente y poblada de desazones; era la cuesta blanquecina culebreando en todas direcciones, que convidaba á treparla nuevamente en medio de risas y de pequeños gritos de contento; era el banco de madera tosca, donde grabamos, bruscas, las iniciales de nuestros nombres; el lago dormido que cruzamos en la diminuta góndola; era el salón donde la encontré por vez primera con su toquilla de seda diáfana; era el vals de Strauss lánguidamente sonoro, con su ruido de suspiros y sus ondulaciones temblorosas que acompasaba el corazón con sus latidos; era la plenitud de una esperanza que, arrullada por veintiseis años de existencia se había resumido en solo un día y de cuyos alientos se desprende la zozobra futura, y el recuerdo silenciosamente triste de una felicidad perdida.

. . . . . .

Acabo de levantarme de la mesa con un nudo de dolor atravesado en la garganta, porque al pié de esa ventana del salón de comer, unos músicos ambulantes arrancan de las cuerdas del arpa aquellas trémulas vibraciones de nuestro vals... ¡Un vals que hemos bailado tantas veces!.....

MIGUEL EDUARDO PARDO

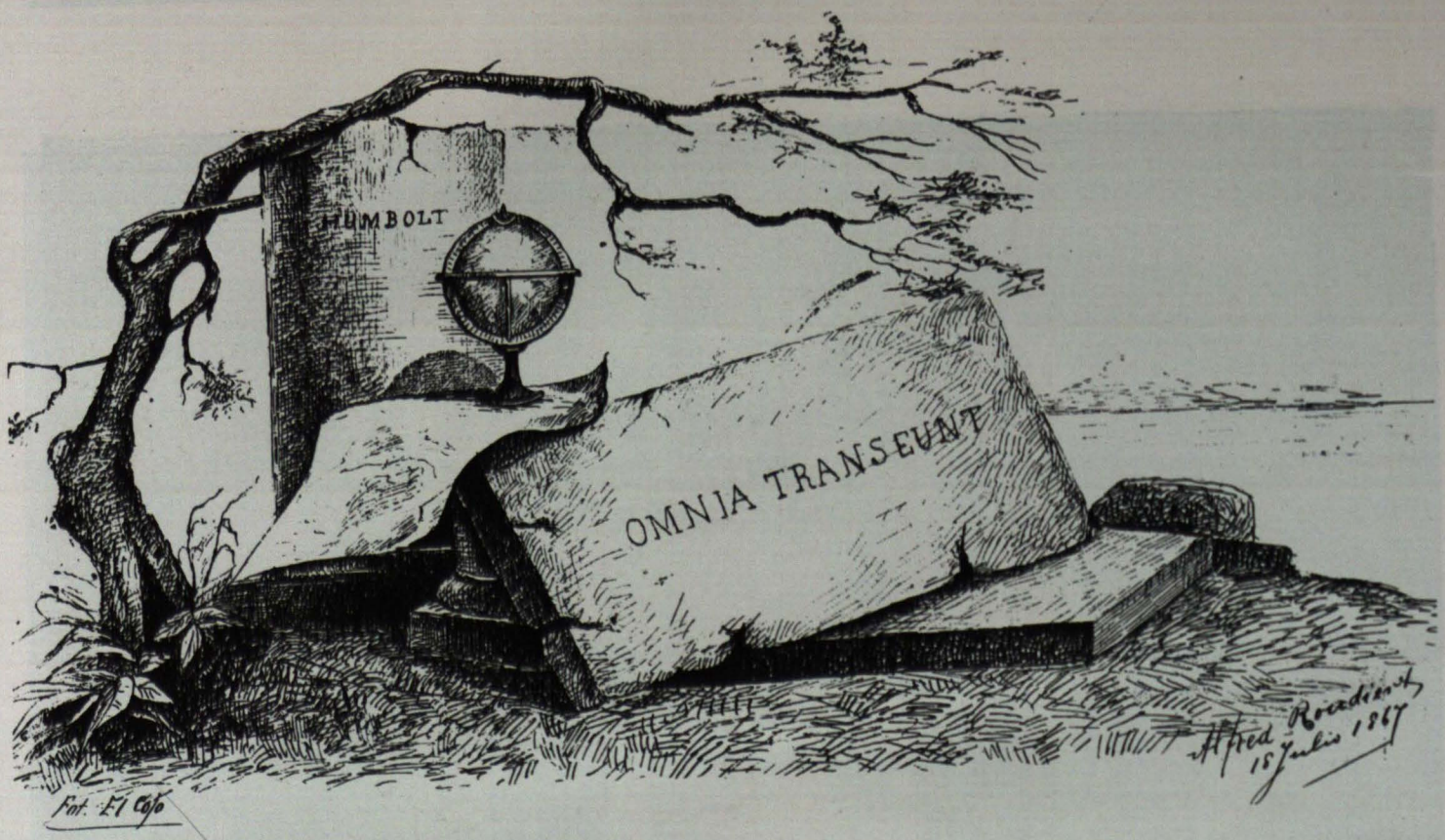
Nueva York: julio de 1892.

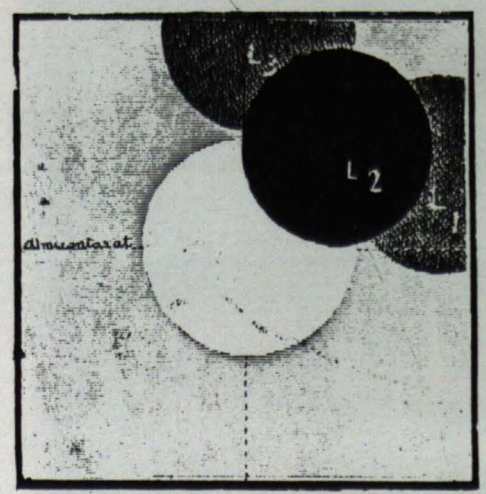


RESIGNADA. — *Cuadro por Hicks*



DOLORIDA. — *Cuadro por C. Dieterle*





PROXIMO ECLIPSE PARCIAL DEL SOL

EL 20 DE OCTUBRE DE 1892

En la *Gaceta Oficial* del 17 de junio último pasado anunciamos los particulares de este eclipse, tal como se manifestará para Caracas. Sin embargo no estará de más que aprovechemos la graciosa hospitalidad del progresista periódico EL COJO ILUSTRADO para recordar el futuro fenómeno, con la ventaja de ofrecer al público un grabado que lo represente.

Y esta repetición es oportuna ya que el doctor Luis Ugueto, astrónomo agregado al Observatorio de Caracas, hizo por su parte un cálculo minucioso sobre el fenómeno, empleando el método Woolhouse, cálculo de creación y de singular mérito científico, por haberlo desarrollado su autor sin datos preparados y sin tablas á propósito.

Los resultados de este cálculo, concordantes con los ya publicados, van á continuación:

Principio del eclipse á las 2 h. 17 m. p. m. La Luna ocupará entonces la posición L_1 del grabado, y el ángulo del punto de contacto, medido sobre el disco del Sol á partir de su vertical superior, será de 69°-44' hacia el Norte.

La fase máxima del eclipse se verificará á las 3 h. 19 m. p. m. La Luna ocupará la posición L_2 cubriendo 0.26, que es, como se ve, un poco más de ¼ del diámetro del Sol; y la línea de los centros formará un ángulo de 41°-10' con el vertical superior solar, hacia el Norte.

Final á las 4 h. 22 m. p. m. La Luna ocupará entonces la posición L_3, y el punto de contacto formará un ángulo de 5°-35', medido como se ha dicho, y también hacia el Norte.

Nos es grato aprovechar esta ocasión para poner en relieve la noble emulación que ha despertado la creación del Observatorio nacional, instituto destinado á ser la piedra de toque de la ilustración del país y el anillo que ha de unir á éste con el mundo científico, en la sublime tarea del estudio del Universo y de las progresivas conquistas sobre la naturaleza; humana gloria ésta, nada vana, nada ilusoria, sino prodigiosamente fecunda.

Debemos añadir que el doctor Luis Ugueto, de los más distinguidos alumnos del doctor Agustín Aveledo, y profesor de los más apreciados, apenas de 23 años de edad, ha sabido á sus estudios de ingeniería civil agregar gran suma de conocimientos en matemáticas sublimes y en astronomía superior y mecánica, que lo ponen ya á la altura de poder hacer funcionar un observatorio. Tiene este buen amigo ante sí un brillante porvenir que deseamos le sea tan propicio como sus elevadas aspiraciones lo merecen.

Y este ejemplo de genial laboriosidad encuentra, entre varios jóvenes, émulos tan aventajados como el doctor Luis Soriano que debemos nombrar con especial elogio.

Cierto es pues que con la definitiva inauguración del Observatorio, en el seno de la paz, se abrirá á la estudiosa juventud venezolana un campo sin límites para que ésta pueda ejercer sus talentos con propia satisfacción, en honra de la patria y en provecho de la ciencia.

Caracas: 10 de setiembre de 1892.

M. BUSCALIONI.

EL TOCADOR

EL BOCHORNO

Cuando las contínuas salidas por un sol ardiente ó las estaciones prolongadas en la playa han quemado vuestro cutis de jazmín, os mortificáis con sobrado motivo, querida lectora.

Pero fácil es devolver á vuestro rostro la nacarada blancura de que os mostrabais tan orgullosa.

Lavaos por la noche, con una infusión (fría) de pepinos (cohombros) frescos (cortados en tajadas ó ruedas), y leche. La decocción de tanaceto en suero es aún más activa. El suero por sí solo es muy conveniente.

Otro de los medios seguros para que pase este bochorno que el aire del mar ó del campo ha extendido sobre vuestra frente y mejillas consiste en lavaros con el jugo de un racimo de uvas verdes, jugo que se obtiene según voy á indicar. Mojad vuestro racimo y espolvoreadlo con un poco de alumbre, cubridlo luego con papel blanco y hacedlo cocer en ceniza caliente, cuando los granos se hallen blandos el cocimiento será suficiente. Quitadle entones el papel y exprimidle el jugo en un vaso. Luego os laváis la cara con este jugo. Tendréis que repetir la operación por tres veces con veinticuatro horas de intervalo, pero el remedio es infalible.

Creen muchas personas, y no sin razón, que la piel se oscurece si el individuo se lava en estío á medio día.

Midi, roi des étés, epandu sur la plaine es perjudicial para las epidermis delicadas.

Asegura un médico extranjero que la luz eléctrica pone los rostros morenos lo mismo que el sol. La luna, la blanca luna, tendría la misma influencia sobre nuestra piel. Con todo dícese que ella "come la piedra" y bien puede atacar nuestro tinte. La mariscala d'Aumont "tan bella en sus viejos días como en sus jóvenes años" tenía un miedo espantoso del sereno y de la luna.

Pero volvamos á la acción perjudicial del sol y aprovechemos la oportunidad de decir como proceden las italianas, cuando quieren remediar los efectos de los aires salinos y del grande astro, después de una estadía en sus quintas, en los bordes del Adriático,

del mar Tirreno ó de los lagos. Toman lo blanco de un huevo, bátenlo bien, lávanse con esto la cara, y déjanlo secar sobre la piel por espacio de un cuarto de hora y luego lavan con agua fresca las partes impregnadas. La operación se repite por tres ó cuatro veces, y siempre en la noche, *al momento de acostarse la persona.* Esta última prescripción y la de secarse suavemente con una toalla muy fina, son esenciales, según ya hemos explicado en los "lavatorios."

Por último, una mistura de jugo de limón y de glicerina, partes iguales, da también buenos resultados contra los daños causados á nuestra epidermis por el sol y por el viento. Si la piel no resistiese la glicerina—de lo cual volveremos á hablar—el agua de rosas podría reemplazar esta sustancia.

BARONESA STAFFE



EL PANADERO. — *Fotografía de E. Guinand*

SU CARA MITAD

NOVELA ESCRITA EN INGLES

por

F. BARRETT

traducida al castellano por

FRANCISCO SELLEN

Continuación

sernos útil y entonces podremos aceptarla con la esperanza de reembolsarlo con los intereses. Aquí lo tengo todo arreglado y dispuesto, dijo tocándose la frente. Sé exactamente lo que ha de suceder, como uno de esos buenos jugadores de ajedrez que de una sola ojeada dada al tablero saben cómo terminará la partida. Los acreedores tomarán lo que puedan conseguir, y no serán muy exigentes con nosotros, pues saben la clase de hombre que soy. En su interés está no ser muy exigentes. Empezaremos de nuevo nuestros negocios sin deber nada á nadie. Podremos aceptar entonces el dinero de su esposa y á fines de año pagar hasta el último cuarto que los acreedores hayan sacrificado. No estamos obligados á ello, pero es una excelente política. Su confianza en nosotros será mayor que nunca merced á esta prueba de honradez de principios, y nuestra posición meiorará notablemente.

Felipe se consideraba obligado á someterse á lo que determinara su socio. Y todo eso parecía tan razonable y halagüeño, que no se podía desear nada mejor ; y de nuevo dijimos : "¡ Qué excelente sujeto es este Motley !"

Considerada así la situación, había la probabilidad de que los acontecimientos justificasen su predicción, y que, financieramente, los dos socios, después de cierto tiempo, recobrarían su antigua posición.

Pero era también obvio que Felipe y su esposa habían perdido su posición en la sociedad, y era dudoso que Margarita pudiera de nuevo ocupar un puesto distinguido en los círculos sociales.

Todo el mundo condenaba á Felipe. El robo del dependiente fue olvidado : sobre Felipe cayó la culpa de haber sido el causante de este desastre. Donde quiera que se hablaba de este asunto, oía la misma condenación. El robo era un accidente que había precipitado la catástrofe : la causa fundamental era la culpable negligencia de Harlowe y su afán de derrochar dinero. Y los que le reprendían por su negligencia en los negocios eran los mismos que declaraban que Motley había hecho todo lo posible para mejorarlos, y que estos no se podían haber manejado mejor. Cuando el mundo cede á la prevención, es tan insensato como inconsistente. La influencia de *El Látigo* era visible en esto, porque se hablaba á la sazón mucho de Dédalo y de Icaro, aunque toda esta ciencia mitológica se había adquirido buscando esas palabras en un diccionario clásico después de la lectura del consabido artículo.

Y mientras este mundo irreflexivo é injusto era todo censuras para Felipe, era todo elogios para Motley. Ninguno habló de sus faltas, ninguno descubrió que sus gastos habían ascendido á millares de libras durante años, mientras Felipe vivía contento con unos centenares. Nadie hizo alto en la circunstancia de que jamás había prevenido á Felipe el riesgo que se corría, sino que más bien le mantuvo en un estado de completa seguridad é indiferencia. Al oír hablar á las gentes, se creería que Motley era el bienhechor del género humano y fuera de todo reproche. Los acreedores le estrechaban la mano con efusión, al paso que hubieran hecho pedazos la de Harlowe á haber estado en su poder.

Esperábamos, y no con agrado, ver á las amigas de Margarita venir á visitarla y ofrecerse á su servicio. Ninguna de sus amistades ó conocidas la visitó ó la escribió. Decididamente los Harlowe estaban en desgracia.

Felipe sintió este desvío intensamente. Margarita padecía también, no personalmente, sino porque veía que su marido se echaba la culpa á sí mismo y se apesadumbraba por ella. El quería que saliera de Londres hasta que todo quedase arreglado, pero ella no quería dejarle sólo. Decía que su puesto estaba al lado de su marido tanto en el bueno como en el mal tiempo.

Su infortunio les proporcionó un nuevo conocido, pero los antiguos desaparecieron.

Un caballero bien vestido y de respetable aspecto se presentó un día en casa de Felipe y le dijo que frecuentemente había tenido el placer de hacerse útil á las personas de distinción, y que por lo tanto tendría mucho gusto en asistirle si se encontraba en dificultades pecuniarias. Compraría muebles, vajilla, joyas, caballos, en fin, todo, mediante dinero en efectivo. Felipe tomó su tarjeta. Este individuo se llamaba Hart M. Lazarus.

Durante este tiempo Potter se hallaba de un humor insufrible. Había penetrado en la sociedad de buen tono gracias á su hija Margarita, y debido á la especie de fascinación que ella ejercía en su derredor, habían aceptado á su padre como un genio y tomado sus miserables bosquejos como otras tantas producciones artísticas. Había sido recibido como un artista excéntrico donde quiera que Margarita visitaba. Ahora, cuando se presentó por sí sólo en estas casas, esperando ser admitido por sus méritos personales, encontró las puertas cerradas. Tuvo la osa-



EL LECHERO. — *Fotografía de E. Guinand*

día de darme un día á entender que Felipe le había perjudicado hasta el extremo de causar su ruina. Perdí entonces la paciencia y le dije que no podía creerlo hasta que no le viera de nuevo con su antigua chaqueta y dependiendo de sus hijas para su sustento. Sentí haberme expresado en tales términos: creí que Potter no volvería á hablarme una palabra más; pero me equivoqué por completo. El día siguiente me habló como si tal cosa hubiera pasado, pero tuvo mucho cuidado en no decir contra Felipe nada que yo pudiese oir. Este era su carácter.

Los negocios trajeron con frecuencia á Motley á casa de Felipe. Nunca había tenido mejor aspecto, ni estuvo más lleno de energía y de mejor talante; lo que nos parecía en extremo sorprendente á nosotros que estábamos llenos de ansiedades y cuidados. Digo nosotros, porque las desgracias de mis amigos pesaban sobre mí con tanta fuerza como sobre ellos.

Era imposible calmar nuestra ansiedad á pesar de las seguridades y esperanzas que nos daba Motley. Nunca dejó de hablarnos lleno de animación y valor.

—No se aflijan ustedes tanto; no se aflijan ustedes tanto, nos decía constantemente: no tomen ustedes las cosas tan apecho. Vedme: yo no me dejo abatir, y todos estamos en la misma situación. Lo hecho no puede deshacerse. Dentro de una semana ó dos todos estos contratiempos habrán pasado.

El no podía comprender los sentimientos de las personas delicadas y sensitivas. Se reía y se chanceaba con los hombres que venían á valuar la casa y los efectos. Para Felipe era en extremo humillante tener que contestar á las preguntas que se creían necesarias, y mostrar los artículos que le pertenecían personalmente y los que eran propiedad de su esposa. Creo que en aquella semana el sueño estuvo bastante ausente de la morada de Harlowe.

¡Cuán interminable parecía la demora! Cómo anhelábamos el día en que pudiéramos exclamar: "¡Ya lo peor ha pasado!"

Al fin se verificó el concurso de acreedores. Pasé el día en casa de Harlowe. Era mejor para

Continuará

FILIPINA

VALSE por F. G. Vollmer

